



La escritora Arundhati Roy, fotografiada el pasado junio en uno de sus rincones predilecos de Nueva Delhi.

La otra India

Dos decenios después de su debut literario, la segunda novela de *Arundhati Roy* da voz a la singular y auténtica felicidad de los excluidos.

Veinte años ha hecho esperar Arundhati Roy (Shillong, India, 1965) al entregado público que hizo de su debut literario —*El dios de las pequeñas cosas*, traducido a más de dos decenas de idiomas— un éxito global sin precedentes en la literatura india. La novela, ganadora del cotizado galardón británico Booker en 1997, aún destaca entre las más vendidas del gigante digital Amazon, y sube al primer puesto

de la lista si el comprador filtra su búsqueda por el país de origen del volumen.

Son veinte largos años de silencio administrativo en el terreno de la ficción que, sin embargo, le han servido a la autora para quitarse el sambenito de joven talento literario patrio y alzarse como la más visible y molesta piedra en el zapato de la clase dirigente de su país. «Cuando gané el Booker me quisieron convertir en la cara del nacionalismo agresivo que

estaba gobernando la India, así que no lo pude permitir. Empecé escribiendo ensayos para denunciar las pruebas nucleares que se estaban haciendo en Rajastán. Luego comencé a viajar por el interior del país, pero eso no tiene nada que ver con ser activista social, sino con la labor propia de un escritor», defiende Roy una cálida mañana de octubre, mientras desayuna en el salón del hotel Wellington.

Su paso por Madrid supone la última escala de una gira promocional en dos etapas que la ha tenido rodando por el mundo durante un total de diez semanas. Ni uno solo de los eventos ha tenido lugar en su país de nacimiento. «Podría traerme problemas. De hecho, ya lo ha hecho. Aún no he hecho nada allí porque siempre que organizo algo, la gente... Creo que es mejor mostrar mi trabajo al mundo,

«Únicamente la ficción dispone de la audacia necesaria para incluir y conectar disciplinas en un mismo universo»

ver la acogida que tiene y luego volver a casa», dice. En 2002 fue condenada, por desacato a la autoridad y obstrucción a la justicia, a un día simbólico de cárcel y a pagar 2.000 rupias (unos 50 euros). Había denunciado la corrupción de los jueces y participado en una manifestación contra la construcción de una presa.

Parte de su sensibilidad social impregna esta segunda novela, *El ministerio de la felicidad suprema* (Anagrama), en la que ha estado trabajando los últimos diez años. En ella narra la vida de un dispar grupo de excluidos sociales a causa de su casta, su fe o sus ideas políticas. Centra gran parte de sus esfuerzos en explicar al mundo las revueltas religiosas del Gujarat, en la primavera de 2002, o el longevo movimiento separatista de Cachemira y en algunos de los personajes se pueden adivinar los esbozos de políticos de carne y hueso, incluido el actual primer ministro, Narendra Modi («ahora tenemos un gobierno totalitario elegido democráticamente», decía la escritora en 2014, cuando el partido de Modi ganó las elecciones), que no salen especialmente bien parados. «Sé que el público indio leerá la novela por su contenido político, pero el público europeo, con su larga tradición literaria, lo entenderá de otra manera. Es como cuando caminas por una ciudad, no todos van a llevarse la misma impresión».

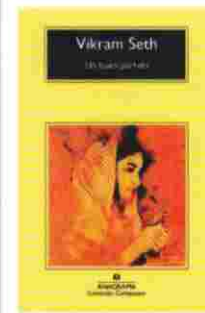
Fue su amigo, el también escritor (y ganador del Booker, en 1972) John Berger, el que *aceleró* la publicación de esta segunda obra de ficción. «Yo ya había comenzado la novela, y un día que fui a verle cogió mi ordenador y comenzó a leer lo que había escrito. 'Ve a casa y no hagas nada más

hasta que termines el libro. Tienes que terminarlo', me dijo. Se lo prometí. Y lo cumplí. Lo primero que hice cuando terminé fue llevarle el manuscrito a París, porque sabía que no se encontraba muy bien. Fue lo último que leyó antes de fallecer el pasado mes de enero», recuerda la escritora.

Roy es consciente de que este volumen, en el que los protagonistas se dejan la piel por encontrar su espacio en un entorno hostil que los excluye una y otra vez por ser diferentes, no se siente como la continuación natural de aquel relato pausado sobre las vicisitudes íntimas de tres generaciones de una misma familia en el estado indio de Kerala con el que conquistó al planeta hace veinte años. «Imagino que muchos lectores no se esperarán esta pieza de mí. Es muy diferente y, al mismo tiempo, contiene muchas ideas que ya trabajé en *El dios de las pequeñas cosas*. También soy dos decenios más vieja», alega. «Además, nunca fui una escritora que se deje llevar por las expectativas de la gente. Así que he hecho lo que creo que realmente es una novela: he construido un universo y he invitado a la gente a caminar en él. Como buen universo que es, contiene muchísimas cosas, y muy variopintas. La narración puede viajar al pasado, pero también estar en el presente y avanzar el futuro. Solo desde este género es posible explicar la conexión entre la globalización, el nacionalismo o el fundamentalismo. Únicamente la ficción dispone de la audacia de incluir y conectar las cosas, aunando disciplinas».

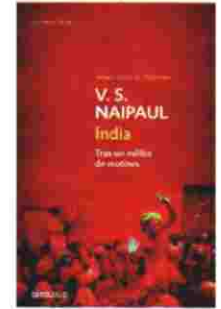
El personaje de Anjum, una mujer nacida intersexual que abandona su casa de *hijras* (transsexuales, en la tradición india) y se muda a vivir entre lápidas a un cementerio para, con el paso de los años, convertirlo en un hostel que abre las puertas a quien lo necesite, ha hecho que muchos críticos comparen su trabajo con el de su compatriota Salman Rushdie y, por consiguiente, lo entronquen dentro de la corriente literaria del realismo mágico. «No lo hay en ninguna de mis dos novelas», sentencia. «Es cierto que mu-

SEMBLANZA DE UN PAÍS Novelas para adentrarse en un PLANETA diferente.



Por las más de 1.000 páginas de *Un buen partido*, de Vikram Seth (Anagrama), transita todo el tejido social de la India.

En *India*, publicado por DeBolsillo, el premio Nobel V. S. Naipaul analiza desde las luchas religiosas, hasta el papel de la mujer y las castas en su país.



Los habitantes de Bombay, con su rica diversidad, son los protagonistas de *Ciudad Total*, de Suketu Mehta (Literatura Random House).

Los personajes de *El legado de la pérdida*, de Kiran Desai (Salamandra), reflexionan sobre las bondades del pasado y la esperanza del futuro.



cha gente lo percibe. Pero, ¿en qué parte creen que está la magia? Si necesitan que les enseñe a gente viviendo en un cementerio, no tendré ningún inconveniente (o dificultad) en hacerlo. Son auténticos guetos». ¿Hay lugar para un ministerio de la felicidad suprema en tan inhóspito paraje? «Por supuesto. Existe en la capacidad que tienen los personajes de cultivar un amor no ortodoxo, inquebrantable a pesar de todo lo que les haya podido suceder. En su facilidad para protagonizar y atesorar, hasta en las situaciones más miserables, momentos de felicidad. El paraíso puede encontrarse en el lugar más improbable y las circunstancias más insólitas. La gente quizá no se dé cuenta, pero es cuestión de pararse a reflexionar sobre quién construye las barreras y quién sobrevive a pesar de ellas. Es una auténtica revolución» • Paloma Abad



Entre la fantasía y la realidad

El ministerio de la felicidad suprema (Anagrama) es la segunda novela de la escritora india Arundhati Roy, cuya ópera prima, *El dios de las pequeñas cosas* (Anagrama) ganó el premio Booker en 1997. En las últimas dos décadas, ha publicado más de una docena de ensayos denunciando la situación política y social de la India.